

Memorias de un pescador en el Golfo de California

Guillermo Castro Miranda

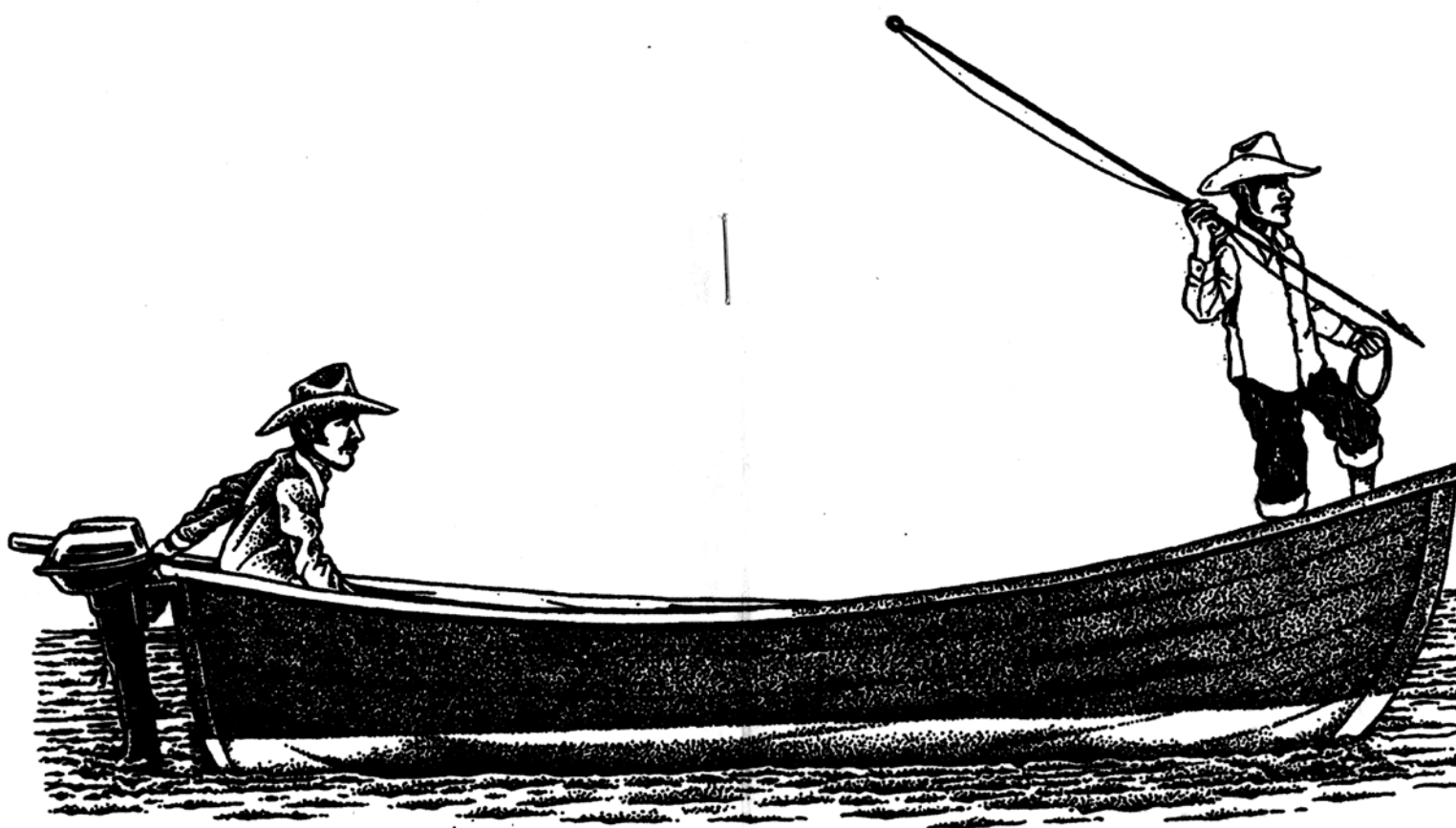


Ilustración de Juan Chuy Lucero,
pescador de El Esterito, La Paz, B.C.S.

© Derechos reservados
Guillermo Castro Miranda, por el texto
Juan Lucero, por la ilustración

Alternativa Ediciones
sandinogamez@gmail.com
laezcurra@gmail.com
www.alternativabcs.org


Alternativa
Ediciones

Mayo de 2011

Guillermo Castro Miranda, *Memo Playa*, nació en Santa Rosalía, Baja California Sur, en 1938. Estudió hasta el tercer año de primaria en Santa Rosalía. Y aunque en 2008 acreditó la educación primaria ante la Secretaría de Educación Pública y obtuvo su diploma oficial con 9.1 de promedio, ha sido un lector consuetudinario. En la escritura un autodidacta. De oficio pescador.

Cuando tenía siete años y se habían llevado a su padre a la cárcel, se escapaba del hogar para buscarlo y se quedaba con él algunos días en la prisión. Pero un día no lo encontró; lo habían trasladado a La Paz y jamás lo volvió a ver.

De niño comenzó pescando sobre el muelle de Santa Rosalía. De más grande remaba al mar abierto en pangas "prestadas".

La pesca era muy difícil, había que filetear y salar el pescado para venderlo, mientras que en Sonora lo compraban fresco. Por eso salió a Sonora y se quedó allí por varios años.

Casó con Manuela Castro Sagredo. Por cuatro años ella lo acompañó a pescar hasta que esperó a su primer hijo. Tuvieron siete; tres murieron en la infancia.

Siempre tuvo la inquietud de escribir. Al principio escribía para sus compañeros, explicándoles cómo pescar, cómo velar, cómo pescar el tiburón. Pero estos escritos se perdían. Solo pudo juntarlos cuando empezó a vivir en campos en Sonora por tres a seis meses a la vez.

En 2005, con la ayuda de varias dependencias gubernamentales de Baja California Sur, se publicó un compendio de sus escritos con el título *Memorias de un Cachantía*.

En junio de 2009 ganó la distinción más alta en el Primer Concurso Nacional Literario Memorias del Viejo y el Mar, con el ensayo "Un día de pesca". El diploma lo entregó el secretario de Marina Almt. Mariano Francisco Méndez.

Actualmente vive en el Estero San Lucas, a pocos kilómetros de Santa Rosalía, B.C.S., México.

Mar de Cortés

Guillermo Castro Miranda, *Memo Playa (Bill Beach)* was born in Santa Rosalía, Baja California Sur, in 1938. He studied up to the third grade in Santa Rosalía. In 2008 he obtained his grammar school diploma from the Sistema Educativo Nacional with a grade point average of 9.1.

When he was seven years old his father was taken to jail. He would run away to find him and stayed a few days with him in jail. One day he did not find him, he had been taken away to La Paz. He never saw him again.

As a child he began fishing from the wharf in Santa Rosalía. Later he would row out to sea in "borrowed" boats.

Fishing was very difficult. In order to sell the fish it had to be filleted and salted.

In Sonora, fish was bought fresh. For this reason he moved to Sonora and remained there several years.

He married Manuela Castro Sagredo. For four years she accompanied him on the fishing trips until she was expecting her first child. They had seven children, three died in infancy.

He always had the desire to write. At first he wrote instructions to his fellow fishermen explaining how to fish, to sail, and how to fish sharks. But all these got lost. He was only able to save his writings when he started living in camps in Sonora, for three to six months at a time.

In 2005 with the help of various government agencies, a collection of his writings was published with the title *Memorias de un Cachanía*.

In June 2009 he won first prize in the First National Literary Competition named "The old Man and the Sea", with the essay 'One day of fishing'. The prize was presented to him by Admiral Mariano Francisco Mendez, Secretary of the Navy.

Presently Don Memo lives in Estero San Lucas, a few kilometers from Santa Rosalía. His passion for writing remains undiminished.

Aunque soy pescador, ya no voy a pescar. Por lo caro de la gasolina, la escasez del pescado y su precio tan bajo al pescador, el mismo de hace años.

Sin embargo me gusta ir a la playa donde tengo mi panga. Mirar que esté en su sitio bien amarrada. Luego a veces camino descalzo, hundiendo mis pies en la arena, dejando que la brisa revuelva mi cabello, mientras que el sol broncea mi piel y, con curiosidad, veo qué trajo a tierra la última marea.

El otro día la playa estaba sola. Había muchas pangas, como quien dice abandonadas por la crisis pesquera. No obstante lucía animada, llena de vida por los seres que la habitan.

Por ejemplo, los cangrejos con afán escarbaban hoyos en la arena. Los gallitos, en gran número, presentaban una estridente sinfonía. Las garzas, con pasos cautelosos, metidas en el agua hasta las rodillas, a veces se quedaban inmóviles ante sus presas a las que por lo regular sorprendían con un certero picotazo.

Al fondo del manglar media docena de alcatraces nadaba sin prisa, observando donde de cuando en cuando una lizeta rompía de un coletazo la superficie, delatando el cardumen donde viajaba. Luego, en vuelo corto, sincronizado, todos al mismo tiempo, se arrojaban al agua atrapando en sus redes dos o tres peces, engullidos con avidez, moviendo la cola de contentos. Cualquiera de ellos podía guiar a la parvada, pues todos eran excelentes pescadores.

A medio día en el horizonte se divisó un punto blanco que fue creciendo. Era la panga de un pescador que regresaba con el viento del sur por la popa.

Las gaviotas, haciendo una bulla fueron a su encuentro por las vísceras de pescado que

venía arrojando al mar y lo acompañaron hasta el atracadero en espera que también tirara la carnada sobrante.

Recostado en un tronco, mirando pasar el tiempo, oyendo cantar el palmar alegre con la brisa, recordé mis días de pescador en el Mar de Cortés, cuando éste era inmensamente rico.

En mi niñez y juventud muchas veces acampé en solitarias playas, ante la presencia del desierto. Ahí presentí a Dios en toda su grandeza, viendo sus obras en la fauna marina y en conchas y caracoles, verdaderas joyas del mar.

Eran playas que nadie reclamaba como suyas. Sin embargo, tenían dueño. Eran del pescador. Porque el vivía en ellas. Todavía no llegaban los gringos ni los ejidatarios a despojarlo.

Allá en aquellos parajes, cuántas veces pedí al Creador fuerzas para salir adelante en confrontaciones contra grandes escualos, para que me librara de vientos achubascados en el mar y de alimañas en tierra. Gracias a él, agarrado de su brazo, llegué a viejo bien librado de todo mal. Pero no el Mar de Cortés, que sigue hermoso pero es ahora pobre.

Nosotros los pescadores hemos derrochado su riqueza pesquera. Porque desde un principio fue pescar sin vedas. Con artes de pesca nocivas, como lo el uso de explosivos. Después con redes de arrastre, agalleras, de encierre, trampas de alambre, cimbras y, por si fuera poco todo eso, hoy buzos de noche también están haciendo mucho daño, matando cuanto pescado encuentran dormido.

Todavía es tiempo de salvar al Cortés, permitiendo sólo pescar en él con piola y anzuelo.

Esa no es la solución, podrán decir los pescadores actuales. Esos quienes ahora están pescando las crías. Pero yo digo que no hay otra. Porque si no se toma esta medida, pronto pescarán lo último que queda, y de todas maneras tendrán que buscar otro medio de vida.

Así que sería bueno prohibir toda arte de pesca mencionada y no dejar acercar a la costa de Baja California por el lado del Cortés a barcos pesqueros, para que éste vuelva ser lo que antes fue: un mar rico, limpio y lleno de vida.

The Sea of Cortez

Although I am a fisherman I no longer go fishing. Gasoline is too expensive, fish is too scarce and its price is too low. It hasn't changed in years.

Yet I like to go to the beach where I keep my boat and see that it is in its place and well tied down. I then walk barefoot, sinking my feet in the sand, letting the breeze toss my hair while the sun browns my skin and I look with curiosity at what the last tide has brought on land.

The other day the beach seemed empty with many boats abandoned due to the fishing crisis. But it was full of animation, full of life, full of those beings that live there. For example, a crab was eagerly digging a hole in the sand; numerous terns were shouting a shrill symphony. Herons with cautious steps, their legs in the water up to their knees, then standing still, watched their prey, catching them by surprise with an accurate peck.

Half a dozen pelicans near the mangroves were swimming with no hurry, watching where eventually a mullet would break the surface of the water with its tail revealing the school in which it was traveling. Then, in a short synchronized flight, all at the same time, the pelicans would plunge on the school catching two or three fish in their beaks. Then they would gulp them down with greed, moving their tails with pleasure. Anyone of those pelicans could lead the small group, for each one is an excellent fisher.

At noon, on the horizon, one could see a white dot. As the dot grew, one could see that it was the boat of a fisherman, returning with the south wind astern. The seagulls, making a racket, flew to meet him seeking the fish entrails he was throwing overboard. Then they accompanied him

to the landing waiting for him to also throw out the remaining bait.

Reclining on a trunk, watching time go by, hearing the palm cove gaily move in the breeze, I recalled my days as a fisherman in the Sea of Cortez when it was immensely rich. Thus, in my childhood and my youth I camped in solitary beaches facing the desert. This is where I perceived God in all His greatness. Seeing His works in marine fauna and in shells and snails truly jewels of the sea.

Nobody claimed to own those beaches, yet they did have an owner, they belonged to the fishermen. The gringos and ejidatarios had not yet arrived to deprive us.

In those places, how many times I asked our Creator to give me strength to go on, to confront the great sharks, to free me from the stormy winds in the sea and the pests of the land. Thanks to Him, holding on to His arm, I have reached old age free of all evil. Not so the Sea of Cortez, it is still beautiful but now it is poor.

We the fishermen have squandered its wealth. Because from the beginning we fished without closed seasons, in noxious ways, like fishing with gunpowder. Later came the crawl nets, the gill nets, the long lines, the wire traps. As if that were not enough, then came the night time divers, killing numerous sleeping fish.

It is still time to save the Sea of Cortez, permitting only hand lines.

"That is no solution", actual fishermen might say, those who are now fishing juveniles. But I say there is no other way. If these measures are not taken, soon they will have fished out all that is left, and anyway they will have no choice but to find another way to make a living.

Therefore it would be good to prohibit the fishing methods I described above and not allow large fishing boats to approach the coasts of the Sea of Cortez. We would then let the Sea become what it once was, a rich, clean sea, full of life.

Translation by Susana Mahieux

Un día de pesca

Voy con el viento a favor y a veces en contra. Surco el Mar de Cortés, pero las olas borran mis huellas y el silencio de su vastedad se traga mis gritos de júbilo, cuando anzuelo un buen pescado.

Aunque no se notan mis huellas, mi presencia siempre está allá, en lo profundo de su azul horizonte, donde no me siento solo porque las gaviotas y alcatraces me acompañan. Es un ambiente sin humo, polvo ni malos olores. Sólo percibo el olor del pescado y del mar que huele a algas y sal.

Pescar de noche no me da miedo, porque cuando miro las estrellas estoy seguro que entre algunas están los ojos de Dios que me miran con disímulo.

Mi vida ha transcurrido pendiente de las mareas. La marea baja me esconde el agua, mostrándome conchas y caracoles. La pleamar me la devuelve, haciendo cabecear mi panga en el estero y jalonearse del ancla. Entonces el canal vuelve a ser navegable.

Ya salió el lucero. El gallo lo divisa con ojos entornados, allá colgado en el fondo del cielo, rumbo al punto cardinal del Este. Entonces hincha su emplumado cuerpo, estirando el pescuezo a todo lo que da. Bien agarrado entona su canto, quedándose un rato inmóvil, como tratando de adivinar hasta dónde por el barrio llega y en cuántos gallineros lo escuchan.

El perro al parecer lo oye fastidiado. Se hace bola y se nota que quisiera taparse las orejas con las patas. Sin embargo yo lo escucho con alegría, pues es mi reloj.

Me desprendo del tibio cuerpo de mi mujer. Ya es hora de salir a buscar el sustento.

Me visto y le echo una ojeada al tiempo. Me doy cuenta que apenas hay aire para respirar

y la hierba esta mojada por el sereno. Lo cual significa que el viento del norte no soplará ese día.

Después de tomar café, agarro mi equipo de pesca, un recipiente de agua y el lonche; luego le digo a mi esposa que ya me voy. Ella me desea suerte y me dice que traiga un buen pescado.

Tomo la angosta vereda que va entre matorrales y mezquites. A pesar de que sólo me alumbran las estrellas no pierdo el camino.

Voy sin ningún pendiente acerca de las víboras y los fantasmas; porque sé que las víboras se esconden con el frío y los fantasmas a esas horas ya no salen.

Llego a la playa cargado de energía positiva. Oigo voces y pasos de otros como yo, pero no los veo. Todavía está oscuro. La playa a esas horas no tiene nada de belleza.

Los palmares que de día son graciosos, a esas horas son manchones de más negrura. Los manglares forman figuras amenazantes y la arena está tan fría que los dedos de mis pies que tienen gota, quisieran retorcerse.

De dos o tres jalones despierto a mi motor en quien confío. Porque siempre me trae de vuelta al atracadero.

La panga, como si conociera el canal, se va yendo por él. Mientras yo pongo cada cosa en su lugar.

Hay que llevar carnada viva. De preferencia macarela. Para que la cabrilla y el jurel no la desairen.

Sale el sol. Con el día nuevecito los peces empiezan a picar muy bien.

Chillan las chicharras de los carretes, las líneas se tensan, y las varas se doblan. Ahí es cuando de verdad empieza la labor del día.

Las cabrillas son peces cautelosos del alto impacto. Si al jalar encuentran el carrete muy apretado trozan la línea como nada. No importa que sea de sesenta u ochenta libras, pero si tiene el ajuste adecuado, entonces detiene al pez poco a poco y queda suspendido lejos de las piedras en las que se encuevaría de llegar a ellas.

Los jureles por su parte son peces muy fuertes y pesados, de enorme resistencia y viveza. Cuando uno de ellos se da cuenta que con la comida se ha tragado algo extraño que lo lastima, boquea y trata de expulsarlo. Al ver que no puede

y nota la línea que lo sujeta, entonces apunta su cabeza hacia el fondo y se deja ir como bala de cañón para nadar entre dentados arrecifes y así trozar la línea. Más tarde se librá del anzuelo, cuando la sal del agua y el ácido de su babaza, que le cubre el cuerpo lo pudra y al mismo tiempo esa misma babaza lo protegerá de una infección, pues contiene antibióticos.

Llegan las once de la noche. Las chicharras se callan, las varas recobran sus formas, las líneas se juntan y se enredan. Porque las carnadas van y vienen sin sobresaltos, ya nada las amenaza. La hora de la jalazón ha pasado. Es tiempo de levantar el ancla.

Al irme acercando al atracadero, gaviotas y gallitos me dan la bienvenida con estridente gritería. Los alcatraces muy serios no me quitan la vista de encima, esperando que tire la carnada sobrante.

El palmar me saluda con un murmullo de sus hojas mecidas por una suave brisa del sur.

La playa ahora luce animada. Hay perros correteando, gringas caminando despacio, buscando caracoles, algunos pescadores hacen reparaciones en pangas y motores, otros sólo matan el tiempo sentados a la sombra platicando.

A veces una mujer paciente me espera para que le regale un pescado de esos que se pescan por accidente. Como un cochito, un pinto, o un mojarrón.

Fue un excelente día para pescar por la ausencia de corriente y viento del norte. La pesca fue buena. Cabrillas de cuatro, cinco kilos asoman en la tara. Jureles de anchos lomos verdes oscuros la hacen muy pesada. Sin embargo en la balanza del comprador no pesaron lo que debían.

¡Qué pena! Lo ganado apenas alcanzó para reponer la gasolina y quedó muy poco para el lonche del día siguiente.

Me doy cuenta de mi mala situación económica debida al precio del pescado, que se estancó, pues es el mismo de hace ya varios años, agravándose más la situación por la escasez de peces.

Al llegar a casa le digo a mi mujer: no me alcanzó para traerte lo que me encargaste de la tienda.

Ella sabiendo lo preocupado que estoy trata de no angustiarme más con algún reproche y me dice: "Ya mañana te irá mejor. No te preocupes y vente a comer".

Si pues, le digo y me acerco a la hornilla a comer pellizcos de un pecho de jurel gordo, al que nomás le escurre el aceite que cae chillando a las brazas.

Sacándole la cara al humo pienso. Esto ya no tiene remedio. El Cortés está vacío. ¿Dónde están aquellos pargos rojos?, tantísimas baquetas, pescadas, tabacuchas, machorros y totoabas. ¿Dónde están aquellos tiburones martillo que en verano llenaban el mar aquí enfrente? Aquellas manchas de sierras y curvinas y sardina monterrey que venían del norte.

¿Dónde está la gran cantidad de langostas que tapizaban piedras y cuevas de la costa? Los cazones de varias clases, ¿dónde están? ¿Qué fue de aquel caudal pesquero?

Lo derrochamos en tan sólo cincuenta años, con artes nocivas de pesca, sin ningún control. Como las trampas de alambre, cimbras kilométricas de cientos de anzuelos, redes de arrastre, agalleras de encierre, flotantes, uso desmedido de pólvora y últimamente buceando con compresor y arpón de varilla. Se está terminando con lo que queda.

Con tristeza me doy cuenta que con el caudal también se fue mi juventud y mis fuerzas para trabajar. Ya no me queda nada.

¡Muerte no te temo! A lo que temo es al tiempo que tardarás en llegar.

A fishing day

I go with the wind and sometimes against the wind. I plough the Sea of Cortez, but the waves erase my tracks and the silence of its immensity swallows my jubilant cries when I catch a good fish. Although my tracks cannot be seen, my presence is always there, in the depth of its blue horizon. I do not feel alone because the sea gulls and the pelicans accompany me. In an environment without smoke, dust or bad smells I only perceive the odor of fish, of sea weed and the salt in the sea.

I am not afraid to fish at night because when I look at the stars, I am certain that amongst some of them, the eyes of God are watching me with indulgence.

My life has passed according to the tides. Low tides hide the water from me showing shells and snails. High tide returns it to me, rocking my boat and pulling at the anchor. At this time the canal becomes navigable.

The morning star appears. The rooster, with eyes half closed, sees it hanging towards the East at the bottom of the sky. Then it swells its plumed body, stretching its neck as far as it can and with claws tightly grasped it intones its song, remaining still, trying to guess how far in the neighborhood it has reached, and in how many henhouses it has been heard. The dog has apparently heard it and is upset. It rolls into a ball and seems to cover its ears with its paws. But I listen to it with joy, it is my clock.

I move away from my wife's warm body. It is time to leave and earn my living. I get dressed and look at the weather. I can see there is hardly any air to breathe and the grass is wet with dew. This means the north wind will not blow this day. Then I drink coffee, grab my fishing equipment, a bottle of water and lunch and tell my wife I am

leaving. She wishes me luck and asks me to bring back a good fish.

I take the narrow path between bushes and mezquites. Although only the stars give light, I do not lose my way. I do not worry about snakes and ghosts, because I know snakes hide in the cold and ghosts do not come out at this time.

I arrive at the beach full of energy. I hear voices and footsteps, but I do not see anyone. It is still dark. The beach at that hour has no beauty. Palm trees that during the day are graceful, at this hour are just spots of blackness. The mangroves form menacing figures and the sand is so cold my gouty toes try to twist away.

With two or three jerks my motor wakes up. I trust it because it always brings me back to the landing. The boat, as if it knew where it was, takes me through the canal as I put everything in its place. I need to take live bait, preferably mackerel, so that yellow tail and sea bass don't spurn it.

The sun comes out and with the new day the fish begin to bite well. The reels squeak, the lines are tense and the poles are bent. That is when the work of the day begins.

Sea bass are cautious fish with a high impact. If, as they pull, they find the reel too tight, they break the line like nothing. It doesn't matter whether it is a sixty or eighty pound test, if the line is well adjusted, it stops the fish little by little and the fish remains suspended far from the rocks where it would tunnel in if it reached them.

Yellowtails are strong, vivacious, heavy fish, with enormous resistance. When one of them realizes that with food it has swallowed there is something strange that is painful, it opens its mouth and tries to expulse it. When it realizes it cannot and sees the line that holds it, it plunges like a cannon ball with its head aiming for the bottom in order to swim through the sharp reefs and break the line. Later it will release the hook when the salt of the water and the acid of the slime that covers its body rot it. At the same time this slime will protect it from infection because it contains antibiotics.

Soon it is eleven in the morning. The reels are quiet, the poles have straightened and the

lines have come together and become entangled. Because the bait moves to and fro without being startled, it is not under threat. The hour of pulling in the lines has passed. It is time to lift the anchor.

As I approach the landing, sea gulls and terns welcome me with their strident cries. Pelicans, very serious, keep watching me, waiting for me to throw out the remains of the bait. The palms salute me with the murmur of their leaves rocked by the soft south breeze.

The beach is now full of life. Dogs are running around, gringas walk slowly looking for snails, some fishermen repair their boats and motors, others kill time chatting in the shade.

Sometimes a patient woman is waiting for me to give her one of those fish caught by accident such as a trigger fish, or a sand sea bass.

It was an excellent day for fishing, with no current and no north wind. Fishing was good. Sea bass of four to five kilos stick out in the container. Yellow tails with wide dark green backs make it very heavy. Nevertheless, in the scale of the buyer, the fish did not weigh what they should. How unfortunate! What was earned today barely covers the cost of gasoline and very little is left for lunch for the next day.

I realize how bad my economic situation is due to the price of fish. It has stalled and has remained the same for many years. The situation is made worse by the scarcity of fish.

As I arrive home I tell my wife I did not have enough to purchase what she had asked for. "Tomorrow you'll have better luck, come and eat." "All right", I say, approaching a yellow tail oozing oil hissing as it falls on the charcoal.

Turning away from the smoke, I ponder, there is no longer a remedy. The Cortez is empty. Where are the red snappers, the many gulf coney, black seabass, white sea bass, machorros and totoabas? Where are those hammer head sharks that used to fill the sea here right in front? Where are those fish boils of mackerels and sea trouts and monterey sardines that came from the north?

Where are those numerous lobsters that covered the rocks and caves of the coast? The various kinds of dog fish, where are they? What happened to that great abundance of fish?

We squandered it in only fifty years, with noxious fishing methods and no control. With wire traps, kilometer long lines with hundreds of hooks, with crawl nets, gill nets, boundless use of gunpowder, and lately with compressors and harpoons, we are emptying what remains.

With sadness I realize that like this abundance, my strength and youth have also gone. I am left with nothing.

Death I do not fear you! What I fear is the time it will take you to come.

Translation by Susana Mahieux

NOTAS

Guillermo Castro m.

San Lucas cove

615 16 0 10 47